

LOS LENTES DE VÍCTOR HUGO.  
TRANSFORMACIONES POLÍTICAS Y DESAFÍOS  
TEÓRICOS EN LA ARGENTINA RECIENTE;  
de Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione  
y Gabriel Vommaro (eds.), Buenos Aires,  
Universidad Nacional de General  
Sarmiento, Prometeo Libros, 2007.  
Martín Carné  
Universidad Nacional de Rosario/ CONICET

Animémonos a parafrasear a Marx: ¿cayó un rayo en diciembre de 2001 desde el sereno cielo argentino? Si la respuesta es afirmativa, quizás debamos preguntarnos si la Ciencia Política local –y sus practicantes– no estuvo faltando a los debidos controles oftalmológicos. Tal parecería ser lo sugerido a lo largo de los trabajos que Rinesi, Nardacchione y Vommaro editan en *Los lentes de Víctor Hugo*.

Consolidada hacia los ochenta en torno a su constructo de la «transición», la Ciencia Política habría delimitado por entonces su área de legítima incumbencia: la reflexión orientada a la definición de un sistema de reglas conducentes a consolidar un régimen político democrático en el cual «lo democrático» quedaba estrechamente emparentado con «lo poliárquico», esto es, ciudadanía, instituciones, procedimientos, derechos. Circunscripta la politología a la «politización» de los actores (ejercicio de derechos y obligaciones), quedaba para la Sociología teorizar sobre sociedad, sujetos, trabajo, espacios

de socialización, etc. Esta «división del trabajo académico», como la llaman los editores, habría privado a la Ciencia Política de elaborar los conceptos adecuados con los que dar cuenta de los cambios (a nivel de las representaciones sociales, de las prácticas y de los espacios de organización de los sujetos por ejemplo), resultantes de cederle al mercado un amplio margen para la asignación de recursos.

Esta cesión –entendible en el marco de consolidación del paradigma neoliberal impulsado desde 1976– es estudiada, en diferentes niveles, por Matías Muraca y Sergio Morresi. Considerando al discurso como una –entre otras– de las dimensiones en las que se manifiesta y dirime la lucha por los sentidos (y con estos, por el poder). En «Hegemonía y discurso político en Argentina 1976-1985», Muraca, vía análisis de los discursos inaugurales de Martínez de Hoz, Grinspun y Sourrouille, rastrea la evolución –no lineal– del neoliberalismo como modelo económico devenido hegemónico hacia los noventa. Estu-

diando las relaciones entre lenguaje y práctica política, Muraca señala que tanto el primero como el último de dichos ministros habrían pretendido «deshistorizar» a los sujetos sociales, negar sus identificaciones políticas, culturales y económicas previas como estrategia de obturar el conflicto; reflejado en sus discursos, el interlocutor dejó de ser el «movimiento obrero» o «la industria», para ser los «consumidores», los «ahorristas», los «argentinos» masificados como receptores, masificación que buscaba –desde la abierta coacción primero y desde otro tipo de coacción como es la amenaza al colapso económico y el recuerdo del miedo después–, clausurar cualquier discusión que amenazara al modelo económico defendido. Distinto estilo habría sido el de Grinspun, quien lejos de negar una revisión del pasado, se encargó de marcar una frontera entre ganadores –«patria financiera»- y perdedores –«productivos»–, a partir de la cual recuperar identidades sociales y debatir el modelo económico a reconstruir.

Morresi, por su parte, en «¿Más allá del neoliberalismo? Estado y neoliberalismo en los años noventa», aporta, con un amplio manejo bibliográfico, importantes precisiones teóricas muchas veces soslayadas –o ignoradas directamente– sobre el paradigma neoliberal en sus diversas corrientes, el papel que Estado y democracia tienen

en él y su consolidación en nuestro país en la pasada década, precisiones que vuelven también más inteligibles las intervenciones locales de los organismos de crédito (FMI, Banco Mundial). Así, a partir del Consenso de Washington, en Argentina habríamos asistido no a una retirada del Estado sino a una «redefinición de sus fines y a una reorientación de su accionar» (pp. 128-129), redefinición que lejos de suponer un Estado mínimo, necesitó de un Estado capaz de imponerse vía alianzas y compromisos a los opositores de las reformas pro mercado a implementar (si bien es verdad que el Estado resignaba sus otrora funciones de proveedor de bienes y servicios y regulador/planificador de la economía). Enseguida Morresi se centra en la influencia que habrían tenido los postulados teóricos de la Escuela de Virginia –a través del Banco Mundial y sus líneas de financiamiento– en un tipo de institucionalización que, basado en la concentración de poder en el Ejecutivo y en la constitución de agencias tecnocráticas «despolitizadas», aseguraría el desarrollo económico y el bienestar a largo plazo.

Vimos antes cómo la idea de democracia, en los albores de la «transición», se habría empapado de una fuerte preocupación por la estabilidad institucional y la transparencia procedimental y cómo, en este sentido, a los partidos políticos les correspondería

actuar como instancias de agregación y representación ciudadana. Actores relevantes de los años noventa fueron, sin dudas, el Frepaso y Carlos Álvarez, su líder. Capaz de oxigenar permanentemente la arena política oponiéndose a Menem desde el Grupo de los Ocho, construyendo el Frepaso y disputándole mano a mano a justicialistas y radicales algunos distritos electorales, accediendo y renunciando al Ejecutivo nacional, el Chacho, habría sido, según Damián Corral –autor de «La seducción del instante y el hastío de la duración»–, más un opositor que un gestor, un líder de opinión más que un líder partidario, con los beneficios y perjuicios que esto supone: en tanto intérprete del descontento generado en amplios sectores sociales por la concentración –y empleo discrecional– de poder en el Ejecutivo, por la «mayoría automática» en la Suprema Corte y por los reiterados hechos de corrupción, Álvarez habría logrado posicionarse como «la nueva política», como alternativa de cambio y referencia de centro-izquierda. Sin embargo, este montaje sobre los temas con presencia mediática a los fines de seducir a la opinión pública, en algún sentido habría hecho perder de vista el fortalecimiento de la estructura partidaria (proyección nacional, promoción de «cuadros»), lo que, a la luz de los acontecimientos posteriores, se habría pagado durante el triste gobierno

aliancista.

En El Frepaso, problemas de una identidad lábil, Beatriz Alem continúa estas reflexiones abordándolas desde la perspectiva de la constitución de identidades colectivas. El Frepaso, que hacia la segunda mitad de los noventa habría abierto un paréntesis en el rígido bipartidismo argentino, habría construido sólo una identidad reactiva: siempre supo bien qué no era y qué negaba –las prácticas de corrupción y «farandulización» asociadas al menemismo–, sin tener tan claro, en cambio, qué era o pretendía ser. La ausencia de una base social que lo sustentara habría hecho que, a su interior, la fracción del Frente Grande atara el perfil partidario a los vaivenes de la opinión pública y a la agenda diseñada en gran medida por los medios de comunicación, siendo la fracción «bordonista» de PAIS la que impulsara con mayor claridad el debate sobre la constitución identitaria. Dirimida esta disputa a favor del Frente Grande y ya en el gobierno nacional, el Frepaso habría negado en la práctica la frontera creada discursivamente, continuando, con sus socios radicales, el modelo de ajuste y los hechos de corrupción, opacando así la pretendida diferenciación con los gobiernos anteriores, lo que condujo a su eclosión final.

Concebida la democracia como gobierno de los representantes por la

ingeniería politológica, al no poder lidiar éstos con las fuerzas económicas y corporativas –de cuyo poder se había hecho abstracción confiando en un andamiaje institucional pretendido invulnerable, pero que tan bien conoció Alfonsín no obstante–, y salpicados por la sospecha de la corrupción, al desencanto popular siguió el estallido. Y este estallido contuvo nuevas manifestaciones de protesta y de lucha que se habrían ido cultivando en el caldo del desempleo, la precarización laboral, la pobreza creciente que empujaba a la marginalidad y la exclusión. Tratando de dar respuesta a la pregunta sobre la institucionalización del cambio, «Participación, cambio social y régimen político. Apuntes sobre dos ciclos de movilización», de Germán Pérez, es un trabajo innovador que rescata el dispositivo teórico elaborado por Gino Germani (en particular el uso que de la categoría de movilización hace el sociólogo ítalo-argentino en sus últimos escritos). Hasta los años setenta, nos dice Pérez, los populismos nacionales habrían sido regímenes débiles para tal empresa: la clase obrera como sujeto movilizador se habría integrado –por medio de los sindicatos– corporativamente al Estado, dando lugar a lo que Torre llamó «Estado representativo», poco autónomo respecto a la conflictividad social. Durante los noventa, la liberalización económica, la reestructuración del Estado y la fle-

xibilización laboral legalizada habrían generado el «desprendimiento» y pase a «disponibilidad» de grandes sectores de la sociedad, los que se movilizarían ahora a través de organizaciones de corte territorial y/o comunitario, ajenas a la regulación formal del régimen político en desmedro de partidos y sindicatos. Este tipo de movilización transicional fusionaría «elementos del modelo corporativo-delegativo, como la proliferación de liderazgos plebiscitarios de baja institucionalización... con elementos novedosos como la reorientación del conflicto político a los niveles locales, la legitimación de los reclamos a través de un lenguaje democrático-republicano más que estatal corporativo...» (pp. 308-309). Sin embargo, para Pérez todavía no habrían surgido los liderazgos ni el sujeto capaz de institucionalizar las reglas que asignen la autoridad política.

Compartiendo con Pérez la preocupación por el tipo de movilización que se inicia en los noventa, Mora Scillamá reflexiona sobre las causas que dificultaron a la Ciencia Política una mejor comprensión de los sucesos de diciembre de 2001, al tiempo que señala ciertas limitaciones del concepto de «multitud» acuñado por los marxistas italianos Negri y Virno para entender a su sujeto protagónico. La autora de «La tristeza de la Ciencia Política y los límites del autonomismo para pensar

el diciembre argentino», remarca en primer término cómo el institucionalismo imperante desde su consolidación hacia los ochenta, habría limitado su potencialidad analítica, desconociendo las transformaciones operadas en el seno de los diferentes espacios de sociabilidad de los sujetos. Esta especialización de la disciplina en cuanto a su objeto de estudio (el diseño institucional adecuado para la consolidación democrática) empobreció su lenguaje, encubriendo con ello la refracción de otros sentidos posibles en disputa. Por último, Scillamá, pone en suspenso a los enfoques autonomistas que, haciendo del presente la dimensión exclusiva de sentido para la «multitud» y homogeneizando las condiciones para la acción, harían abstracción de un «pueblo» no disuelto (más allá de los cambios en la sociedad fordista), que en diciembre de 2001 habría nutrido con su memoria un reconocimiento intersubjetivo así como la construcción de identidades políticas.

Hervé Leclerc, autor de «Presente, ahora y siempre. El sentido de la presencia y el sentido de la inmortalidad», resalta un aspecto novedoso de la movilización del 19 y 20 de diciembre de 2001, que es cómo determinadas consignas en boca de los manifestantes («Presente, ahora y siempre!»), buscarían rescatar un pasado funcional a un presente que busca inmortalizarse en el futuro.

Ya en el plano de la actualidad, los dos

últimos trabajos en alguna medida permiten ver las reminiscencias, manifestaciones y herencias de ese pasado en el gobierno de Kirchner. En «El estilo de actuación pública de Néstor Kirchner», Juan Pable Cremonte analiza el estilo de liderazgo del ahora ex Presidente para construir y mantener un orden frente a la crisis de sentido que representaron las jornadas de diciembre de 2001. La sugerencia del autor es que dicho estilo se habría basado en una exitosa combinación de los principios constitutivos de la política: conflicto y orden. Así, superar la crisis implicaba tanto profundizar la precaria estabilidad alcanzada por el gobierno de Duhalde, como recuperar ciertas demandas presentes el 19 y 20. A partir de éstas, Kirchner habría alentado el conflicto como estrategia de producción y consolidación del orden, siendo sus embestidas contra Corte Suprema de Justicia y FFAA paradigmáticas de aquella. En cuanto a la relación con los medios de comunicación y la no concurrencia del santacruceño a programas televisivos, Cremonte plantea que la retórica y el decisionismo característicos del ex Presidente se opondrían con la «estructura conversacional» de ciertos programas políticos, de manera tal que los medios de comunicación, obligados a buscar la palabra presidencial en actos oficiales e intervenciones públicas, habrían actuado más como altoparlantes que como interlocutores de aquél.

Por su parte y cerrando la compilación, Eduardo Rinesi y Gabriel Vommaro en «Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos», señalan cómo la democracia liberal, ansiado puerto de llegada del proceso de «transición» que permitiría de manera definitiva cimentar un régimen político estable, significó finalmente un liberalismo democrático con fuerte preeminencia de la representación por sobre la participación y deliberación popular. Esquivando lugares comunes, los autores prefieren hablar no de crisis de representación sino de crisis de representatividad y, en la búsqueda de sus causas y consecuencias, se detienen en la centralidad de la palabra tanto para la articulación discursiva de ideas y sentimientos que legitimen una «representación representativa» como para «dialogar» con y «hacerse carne» en una ciudadanía movilizada y crítica. En este sentido, Alfonsín habría interpretado el «clima de época» de corte con el pasado y normalización institucional (denuncia del pacto sindical-militar, recitado del preámbulo de la Constitución en sus discursos) y, apoyándose en una movilización popular que recogía su palabra, supo ganarse la confianza de los representados, la cual no obstante, supo perder con Obediencia Debida y Punto Final: leyes que «cuestionaron el valor de la palabra política en general... la cual es fundamental en la gestión

de las condiciones de una representación política legítima o representativa» (p. 434). Asimismo, con Alfonsín habría comenzado una doble subordinación de la palabra política: economía y medios de comunicación tendrán una injerencia cada vez mayor tanto en la organización de los debates como en la definición de los escenarios por los que aquella circularía. Con Menem, esta doble colonización se acentuaría al punto de inhibir –en la oposición política– la formación de una retórica a partir de la cual establecer un nuevo pacto con la ciudadanía, como lo ejemplificaría el «posmenemismo aliancista». Al momento de analizar la palabra kirchnerista, el recorrido de los autores sigue de cerca lo antes dicho por Cremonte: la reconstrucción de una «representación representativa» se habría sustentado en la capacidad de Kirchner de encarnar y administrar favorablemente las demandas de orden y conflicto presentes en 2001 y 2002.

Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente es un compendio de novedosos trabajos –escritos algunos de ellos por una nueva «camada» de cientistas sociales–, que rescatan y enfatizan la incidencia de los aspectos discursivos en la conformación de los sentidos y la incidencia de éstos en las prácticas políticas, rescate que provee a la Ciencia Política de estas latitudes de versátiles líneas de análisis.